

## **Estados Unidos y una nueva política hacia Cuba**

**Por**

**Jorge A. Sanguinety**

Las propuestas que han proliferado recientemente para que el gobierno del presidente Barack Obama adopte una nueva política hacia Cuba adolecen del mismo doble defecto de casi todas las anteriores: un conocimiento muy limitado sobre cómo funciona el país bajo el castrismo y de poca imaginación para encontrar fórmulas factibles. Además se repite una vez más la vieja letanía de cómo el embargo a la economía castrista ha fracasado y sólo ha conseguido aislar a EEUU de los otros países de la región, mientras se omiten varias consideraciones importantes. Desafortunadamente, el simplismo ha dominado la esencia de virtualmente todas las propuestas que generalmente se concentran en algunos tópicos preferidos dejando afuera una visión de conjunto.

Creo que lo primero que hay que examinar de las relaciones entre ambos países es que por cincuenta años los distintos gobiernos de EEUU han estado a la defensiva con relación a las iniciativas de Fidel Castro. En realidad se puede decir que ninguna de las administraciones en la Casa Blanca consiguió formular un verdadero “game plan” o plan estratégico y de acción para arrebatarle la iniciativa a Fidel Castro y ponerlo a la defensiva. Yo creo que semejante falta por parte de un país que tiene los recursos para eso y mucho más, se debe a la mala costumbre que tienen muchos políticos en Washington de no comprender que “no hay enemigo pequeño”. En esto, yo diría que juega un papel importante una buena cuota de arrogancia por parte de los políticos y también por parte de los hacedores de opinión en los medios de EEUU y otras instancias del país. Desafortunada y tradicionalmente y por razones que trataré en otra ocasión hay una tendencia a no tomar muy en serio las cuestiones que vienen de los países de América Latina.

Otra razón que yo creo que ha jugado un papel significativo en subestimar la importancia de Cuba en el hemisferio y para EEUU es la miopía que a veces caracteriza a la política exterior de países democráticos cuando las prioridades de corto plazo se imponen sobre las de largo plazo. Especialmente durante los años de la Guerra Fría, las cuestiones militares y de seguridad nacional siempre tuvieron un sentido de urgencia que hacía posponer cualquier otro problema. Lamentablemente, esas posposiciones acarrear un costo que se paga más tarde con intereses. Aunque es muy difícil estimarlo, el costo económico y político que Cuba ha representado para EEUU y para los demás países de la región es inmensurable.

Hoy la transfiguración de Cuba en un enemigo jurado de EEUU y de la democracia, más su influencia lamentable pero indiscutible en el hemisferio representan parámetros que debieran conformar cualquier política hacia Cuba, al igual que toda política hacia la región. EEUU tiene ante sí una seria epidemia de antiamericanismo que finalmente ha logrado una cierta atención de un segmento de la ciudadanía. Pero el país todavía no sabe cómo enfrentarse a este problema. En este contexto, ¿cuál debiera ser la política de EEUU con relación a Cuba?

Primero que nada hay que abandonar la premisa de que porque Cuba no es una amenaza militar para EEUU no hay por qué tener una política hacia ella. Lo que Cuba ha representado y representa es una amenaza ideológica que ha sido y sigue siendo torpemente ignorada. Las ilusiones y el fantasma revolucionario castrista posiblemente sobrevivan a los hermanos Castro, del mismo modo que la imagen de Ernesto Ché Guevara es venerada por muchos en la región y en el resto del mundo. La durabilidad de la imagen de Juan Domingo Perón muchos años después de desaparecido es otro ejemplo a considerar.

En segundo lugar debemos tener en cuenta que mientras el castrismo y su legado no puedan ser erradicados de Cuba, debe existir una política hacia la isla que neutralice su influencia en la región como uno de los pilares del antiamericanismo. Para lograr esto es necesario cambiar la relación estratégica de EEUU con Cuba adoptándose medidas que pongan al régimen de La Habana a la defensiva en varios frentes. Uno de ellos es diluir la ilusión de que Castro es un paladín de los pobres y la justicia social y que su marca de socialismo es la última frontera del progreso humano. Otro es demostrar que los regímenes basados en un estado de derecho y libertades individuales, y no sus imitaciones mediocres y adulteradas, son los que hasta ahora han combatido la pobreza y la injusticia social.

En tercer lugar, Washington debe comprender que el interés nacional con relación a Cuba va mucho más allá que evitar una crisis migratoria, que sin duda es un ingrediente necesario en la receta pero muy lejos de ser suficiente. EEUU debe tener una política cubana que ayude a evolucionar las fuerzas internas que desean un cambio pero que están maniatadas por la represión, incluso aquéllos que yo llamo la “disidencia invisible” que subsiste agachada en las filas del gobierno.

Por último, para que EEUU logre una política eficaz es necesario que los que estén a cargo de formularla y de llevarla a cabo sean verdaderos conocedores del país y de la región. El primer paso hacia una nueva política cubana es que aspire a ser eficaz es tomarse en serio al país y a su proyección ideológica en el mapa geopolítico de América Latina.

Miami, 13 de marzo de 2009